

ACIM Edmonton - Reflexiones de Sarah



Lección 334

Hoy reclamo los regalos que el perdón otorga.

Comentario de Sarah:

En una entrevista, Seinfeld dijo que nunca había pensado que quería casarse. Entonces llegó a un punto en el que se dio cuenta de que tenía todo lo que el dinero podía comprar en el mundo, lo que le llevó a preguntarse: "¿Qué hago ahora?". Como el matrimonio no estaba en su agenda, no parecía haber nada más en el mundo que tener, y así la vida, aunque abundante en lo material y en poder y prestigio, perdió su brillo. Lo tenía todo, pero se sentía muy solo e insatisfecho. Con el tiempo se casó y ahora tiene una esposa y una familia y ha ampliado sus intereses para incluir a otros. Una relación especial no es la respuesta a este sentimiento de vacío, pero es un comienzo para unirse a otro para sanar si ese es el propósito de uno. La cuestión es, como ilustra Seinfeld, que cuando conseguimos lo que creemos que queremos en este mundo, la sensación de carencia e insatisfacción continúa hasta que nos ponemos en el camino del despertar de este sueño y reclamamos los regalos que nos da el perdón.

Pensamos que seríamos felices si todos nuestros sueños se cumplieran y tuviéramos todo lo que deseamos, pero al final llega la desilusión. Como vemos en esta lección, **“Todas las ilusiones son vanas, y los sueños desaparecen incluso a medida que se van tejiendo con pensamientos basados en percepciones falsas.”** (L.334.1.2) Nuestras falsas percepciones se basan en lo que el ego nos dice que debemos perseguir en el mundo. El ego siempre busca tener más. Nunca hay suficiente para llenar la carencia que sentimos en nuestro interior. El ego quiere más, ya sea más poder, prestigio, atención, aventuras, emociones, o incluso más angustia, victimismo o enfermedad, por muy difícil que sea de creer. Cuando vivimos en la falsa percepción, que es el mundo de la ilusión, nunca estamos satisfechos. Sentimos una inquietud, sin la certeza de lo que podría finalmente colmar esta sensación de carencia. Hasta que no deseemos profundamente conocer el Ser eterno que somos, nunca estaremos satisfechos. Nos preguntaremos qué es lo que está mal y no tendremos respuesta. La única respuesta que trae certeza y paz es conocer nuestra impecabilidad. Es saber quiénes somos realmente. **“No dejes que hoy vuelva a aceptar regalos tan míseros”** del ego. (L.334.1.3)

Siempre habrá un vacío interior cuando nos identificamos con el cuerpo y la personalidad. Este vacío necesita ser llenado con algo. Puede ser la comida, las drogas, el sexo, el poder, la fama, el prestigio, la atención o cualquier otra cosa que persigamos creyendo que nos llenará. El ego es una máquina de desear. Recuerdo haber leído en el libro *En Mil Pedazos (A Million Little Pieces)* sobre la recuperación de James Frey del consumo de drogas. Decía que nunca podía poner suficiente comida en sí mismo para llenar el vacío. No importaba cuánto comiera, y comía mucho, seguía existiendo ese lugar vacío en él, anhelando la plenitud. Este lugar no puede ser llenado por nada excepto por Dios. Todos tenemos este anhelo de plenitud espiritual.

Esta Lección dice que los tesoros que nos ofrece nuestro Padre son eternos. El objetivo de este Curso es la paz, y la paz está disponible cuando liberamos nuestros juicios y falsas percepciones. Imagina lo hermoso que es el regalo de la inocencia, cuando nos sentimos totalmente limpios de todos los pensamientos negativos, de todos los resentimientos, de todos los problemas, de toda la culpa y de todo el juicio. Cuando sabemos que estamos en el camino correcto y que hemos elegido al maestro correcto, ya no nos preguntamos sobre el futuro, nuestras metas y nuestra dirección en la vida. Experimentamos cada vez más facilidad, amplitud y una sensación de estar en el flujo. Vemos que todo lo que se nos presenta tiene un propósito divino. Todo puede utilizarse para la curación, de modo que podemos llegar a conocer una paz profunda y duradera en la que nada puede perturbar la tranquilidad de la mente.

Jesús enseña que somos incapaces de querer menos que lo eterno. Todo lo demás es un pobre sustituto, un ídolo. Cuando nos damos cuenta de que los sustitutos nunca pueden satisfacernos, naturalmente queremos lo auténtico, real y sustancial, que es lo eterno. Una vez que nos damos cuenta de que tenemos el poder de elegir, aprendemos a discernir lo que tiene valor eterno y lo que es inútil, sin valor y falso y nos ofrece los "regalos" fugaces y escasos del ego. Cuando vemos este contraste, nos sentimos motivados a responder más plenamente a la llamada interior de **"elegir seguirle"**. (L.334.1.4) ¿Cómo lo hacemos? Sólo soltando las expectativas, los problemas, los resentimientos, el orgullo y todos los pensamientos que bloquean la conciencia de lo que somos en verdad. Se necesita rendición y humildad para ceder nuestro camino. Tenemos que admitir que realmente no sabemos lo que nos hará felices porque nos hemos equivocado con nosotros mismos, así que no podemos conocer nuestros mejores intereses. Somos tal y como Dios nos creó, no lo que hemos hecho de nosotros mismos. El perdón es el proceso de soltar todas las falsas creencias que tenemos basadas en la creencia de la separación. Lo que les da poder es sólo nuestra inversión en lo falso como verdadero. Tenemos el poder de elegir aceptar sólo la verdad como verdadera.

Como dice la lección 231: **"¿Qué puedo buscar, Padre, sino Tu Amor?"** (L.231.1.1) Lo que realmente queremos es conocer nuestra propia voluntad, que es una con la de Dios. Debemos llegar a ver que todos compartimos la misma Voluntad. Ver la igualdad refleja la Unidad que compartimos. Si hoy crucificamos a nuestro hermano de alguna manera, lo hacemos basándonos en nuestra creencia en las diferencias y la separación. Así es como reforzamos el especialismo y la falsa inocencia, viéndonos a nosotros mismos como mejores que aquellos a los que juzgamos. Así es como expresamos nuestra individualidad, cuando creemos que podemos herir a nuestro hermano y mantener nuestra inocencia. Lo único que hacemos es acumular más culpa.

No podemos cambiar lo que somos tal como Dios nos creó, por mucho que evitemos, nos distraigamos, persigamos nuestros propios objetivos o nos aferremos a nuestras creencias y perspectivas. Como dice Jesús en el capítulo 29: **"La inmutabilidad del Cielo se encuentra tan profundamente dentro de ti, que todas las cosas de este mundo no hacen sino pasar de largo, sin notarse ni verse. La sosegada infinitud de la paz eterna te envuelve dulcemente en su tierno abrazo, tan fuerte y serena, tan tranquila en la omnipotencia de su Creador, que nada puede perturbar al sagrado Hijo de Dios que se encuentra en tu interior."** (T.29.V.2.3-4) (ACIM OE T.29.VI.32)

Esta es una afirmación tan hermosa de la verdad. A medida que nos abrimos más y más a la verdad, seguimos entregando nuestro camino y seguimos pidiendo ayuda, la voz obsesiva del ego se vuelve cada vez más irrelevante. En otras palabras, nos alejamos de ella, eligiendo no darle poder ni atención. Esta voz puede ser muy fuerte, estridente, obsesiva y persistente. Todos los condicionamientos del

pasado nos han convencido de que somos lo que no somos. Nos hemos acostumbrado a esta voz con su constante parloteo que suena incesantemente en la mente. Es como un ruido de fondo, pero cuando pasa desapercibido dirige nuestras vidas. A menos que nos sintonicemos con ella, ya no la oímos. Todos los pensamientos y creencias de la mente no vigilada se vierten en la mente inconsciente y se convierten en un virus que determina cómo nos sentimos. Por lo tanto, si no estamos atentos a nuestros pensamientos, nuestras vidas parecen estar en piloto automático donde reaccionamos sin siquiera pensar. La verdad llega a la mente silenciosa, lo que significa que no prestamos atención al ego, sino que escuchamos nuestro interior.

“El puente a través del cual Él quiere llevarte en Sus brazos, te lleva del tiempo a la eternidad. Despierta del tiempo, y sin miedo alguno contesta la llamada de Aquel que te hizo eterno cuando te creó. A este lado del puente que conduce hacia la intemporalidad no entiendes nada. Pero conforme lo cruces con paso ligero, sostenido por la intemporalidad, se te conducirá directamente al Corazón de Dios. Y ahí, y sólo ahí, en el centro de Su Corazón, estarás a salvo para siempre porque gozarás de compleción eternamente. No hay velo que el Amor de Dios en nosotros no pueda descorrer. El camino a la verdad está despejado. Recórrelo conmigo.” (T.16.IV.13.4-11)
(ACIM OE T.16.V.42)

Cuando seguimos intentando encontrar en el mundo del tiempo lo que sólo se puede encontrar en lo eterno, nos quedamos en el bucle sin fin del ego; y lo que encontramos allí son sólo sustitutos de lo real. Nuestras relaciones especiales nos retienen en el tiempo, pero si nos abrimos al instante santo, empezamos a permitir que el Espíritu Santo utilice todas las relaciones para sanar. A través del perdón, llegamos a ver a nuestros hermanos como inocentes, y a su vez, nos vemos a nosotros mismos igual.

Hoy, contemplo todas las cosas que me impiden reclamar mis dones. Valoro mi forma de ver las cosas. Valoro mi punto de vista. Valoro mis opiniones, mi control, mis preferencias -todo lo que me impide pedir Su guía. Quiero que las cosas salgan como yo las establezco. Quiero que las cosas vayan de acuerdo a mi plan en el mundo. Noto que no estoy dispuesta a renunciar a mi autoridad sobre las decisiones en mi vida. Confío en mi propio juicio. Creo que mis preferencias son importantes. Me aferro a conceptos e ideas de cómo deberían ser las cosas. Por eso hoy afirmo: **“No esperaré ni un solo día más para encontrar los tesoros que mi Padre me ofrece.”** (L.334.1.1) Reconozco cada vez más que mi camino nunca me traerá la felicidad que busco. A través del perdón, se despierta la memoria de mi inocencia. Al deshacer mi percepción de culpa en los demás, puedo acceder a mis propios dones eternos.

Es importante empezar el día centrándonos en el tipo de día que queremos y recordarnos: **“Si no tomo ninguna decisión por mi cuenta, ésa es la clase de día que se me concederá.”** (T.30.I.4.2) (ACIM OE T.30.II.8) Hoy puede ser un día en el que reclamemos los dones eternos de la paz, la inocencia y la certeza. ¿Vale la pena renunciar a la paz por cualquier discusión, cualquier desacuerdo o cualquier conflicto? ¿Vale la pena cambiar los juicios, los resentimientos o los problemas con alguien por Sus dones eternos? ¿Realmente quiero hacerme daño de esta manera? Reconocemos hoy que todo en nuestra vida nos ofrece la oportunidad perfecta para hacer nuevas elecciones al estar dispuestos a reemplazar los resentimientos, los juicios, la necesidad y las exigencias por la voluntad de recibir el milagro y así percibir a nuestro hermano igual que a nosotros mismos. Cuando nos unimos en el reconocimiento de nuestra Unicidad, reclamamos los dones que otorga el perdón.

Amor y bendiciones, Sarah
huemmert@shaw.ca